

SAN JOSE, COSTA RICA

5 Febrero de 1913

Año III



Núm. 54

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCÓ, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

II. Coacción moral.....	<i>Ricardo Mella</i>
Letras francesas.....	<i>Jean de Gourmont</i>
La leyenda cristiana.....	<i>Augusto Dide</i>
De Sociología.....	<i>Jaime Palou B.</i>
Notas y recibos.....	<i>La Dirección.</i>
Para hacer reflexionar.....	<i>Emma Goldman</i>

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA

Imprenta Alsina

Acusando recibo

Hemos recibido el número de Diciembre de la *Revista de América*, editada en París. Contiene, como siempre, buenos artículos: el Manifiesto a la juventud literaria de América, por el crítico uruguayo Víctor Pérez Petit; un llamado a la fraternidad hispanoamericana, por el escritor ecuatoriano Leonidas Pallarés Arteta; un Estudio de actualidad sobre la filosofía de Bergson, por uno de sus discípulos, René Gillouin; el Ensayo sobre la literatura cubana, por el escritor de ese país Bernardo G. Barros, y la conclusión del estudio del literato español José Francés, sobre las letras de su país en el momento actual. Las crónicas sobre la Vida de París, Letras Francesas, Política e Historia americanas, Pedagogía y la Revista de revistas, son tan notables como en los números anteriores.

Reproducimos el artículo *Letras Francesas*.

Pandemonium, N° 85 (San José, C. R.)—Nota del editor: Don Antonio Font: El presente número sale después de un período de descanso, pero viene con un programa extensísimo y con muchos bríos; esperamos vernos favorecidos por el público, lo que sabremos apreciar.

Nuestro amplio plan de labores en las diversas cuestiones relacionadas con el progreso intelectual, industrial y científico, abarcará todo lo que atañe al bien y progreso de toda la América del Centro y Panamá.

Procuraremos que nuestra publicación sea la más amena y selecta de todas las que se han publicado en este país, y estamos seguros que el tiempo que dedique usted a esta lectura, no será tiempo perdido.

¡Despertad! Semanario dedicado a la organización y defensa de los trabajadores en general. Director: Manuel de J. Parrilla.—P. O. Box 135. Key West Fla.—En el N° 4 que es el recibido, V. R. Alfonso desarrolla el siguiente pensamiento de Alberto Richard: «Los primitivos cristianos no

comprendieron que la verdadera fórmula del ideal humano no podría ser revelada, de un modo sobrenatural, a un elegido, porque no puede desprenderse sino de la propia humanidad, después de solucionados los problemas puestos por la realidad de los hechos en la naturaleza y en la sociedad».

Le mouvement anarchiste, revista mensual, anarquista comunista revolucionaria, «sin restricción ni debilidad». 36, Rue Rochechouart, París.

La Verdad, defensora de los intereses de la clase obrera. Se publica por erogación voluntaria. Calle de Lima, número 70, Callao (Perú). Divisas:

«El obrero no debe humillarse; el servilismo se ha hecho para los esclavos».

«El obrero debe defender sus derechos y no buscar a los ricos como tutores».

Director: Gamaniel Liza.

La Razón, órgano de la sociedad del mismo nombre, San Salvador. Director: Miguel Coto Bonilla. Los temas religiosos parecen ser los preferidos: «¡Más cerca de ti, mi Dios!», etc. Los autores no se andan con rodeos.—Correo: 8ª Avenida, Norte, n° 33.

El Rayo, semanario sindicalista, defensor de los oprimidos. Administración: Socorro 85, Palma de Mallorca.

Agrupación «Tiempos Nuevos» (Montevideo), folletos 31, 32 y 33:

Los estragos del Alcohol.—El alcohol que necesitamos para nuestro organismo, lo encontramos diariamente en nuestros alimentos.

La tuberculosis y la cuestión social, extracto de un discurso del Dr. Queraltó.

Como pensaba Francisco Ferrer.—¿Quieres ser libre? Para serlo confía en tí mismo.

RENOVACION está de venta en la Librería y Papelería Alsina.

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 51

Coacción moral

II

Examinamos los hechos.

A pesar de la intervención que en todos los actos individuales o sociales tienen las instituciones políticas y religiosas, no es difícil distinguir los hechos que se deben a la influencia legislativa y gubernamental y al poder religioso, de los que proceden del cambio mutuo de influencias personales y de grupo, fuera de todo elemento coercitivo organizado. Además, se ve claramente que en muchos casos la segunda de estas influencias es más poderosa que la primera y que la una halla en la otra obstáculos que destruyen las más sabias previsiones de los hombres de gobierno.

Las leyes se hacen, o para reglamentar sentimientos, costumbres, intereses, etc., ya existentes, o para crearlos nuevos. En el primer caso la ley, al confirmar los hechos, no hace sino cerrar el paso a modificaciones que necesariamente surgirán pronto o tarde en el espíritu público; en el segundo, será nula y obstaculizará el desenvolvimiento normal del país, si en él no halla algún elemento favorable, si no concuerda o con necesidades sentidas, o con sentimientos embrionarios que traten de desenvolverse, o en fin, con ideas y costumbres que se hallen ya iniciadas en la colectividad. De todos modos, si la ley no viene revestida de cierto espíritu de necesidad y de justicia, si no entra en los ele-

mentos de raciocinio o de afectividad del público, pugnará en vano largo tiempo por crear aquello que no tiene condiciones de fertilidad en el inmenso campo social. Y si además contradice, como ocurre casi siempre, los sentimientos públicos, vulnera los intereses comunes o particulares, modifica violentamente las ideas, entonces la ley nace muerta. Así la coacción moral es indudablemente mucho más poderosa, hoy mismo, que todas las instituciones coercitivas existentes, pese a la perseverancia del espíritu público, saturado de preocupaciones y de errores que la herencia transmite en condiciones favorables, precisamente a causa de la funesta influencia gubernamental.

Algunos casos particulares lo confirmarán.

Si examinamos, por ejemplo, los efectos de la coacción moral sobre los individuos en lo que se refiere al juego, veremos que mientras la ley y la autoridad nada pueden contra los que se dedican a los llamados prohibidos, aquélla es fuerte valladar que detiene saludablemente los progresos del vicio. Muchos hombres no juegan, no porque teman a las leyes, sino porque no quieren incurrir en las justas censuras de sus amigos y convecinos, censuras que se convierten frecuentemente en reproches de su propia conciencia. Los mismos jugadores incorregibles no se ocultan tanto por temor a las persecu-

ciones de la policía como por escapar a la crítica general de que son objeto. No hay un solo jugador, como no esté totalmente degradado, que interiormente deje de reconocer lo funesto de su vicio y la justicia de las censuras que se le dirigen. Así es que, no pudiendo dominarse, impotentes para doblegarse a los dictados de su conciencia, que no hacen sino sumarse a los del sentimiento público, se entregan sigilosamente al vicio y ocúltanle con cuidado a sus conciudadanos y se avergüenzan ante ellos si por acaso descubren su defecto. Las gentes señalan a los jugadores de oficio como individuos depravados e indignos, y por eso no osan los tales levantar la frente muy alto en la sociedad en que viven. El efecto inmediato de la coacción moral es que sólo se dediquen al juego aquellos hombres o que son bastante poderosos para burlar y despreciar a sus semejantes o bastante degradados para no ocuparse de sus juicios. El común de las gentes se abstiene, sin violencia y sin acordarse para nada de las leyes ni de las prescripciones religiosas, de incurrir en el desagrado social y en su propio desagrado.

La prostitución suministra datos análogos. Muchas mujeres no se prostituyen porque no se atreven a afrontar el desprecio del público. En mil casos, aun a pesar de temperamentos adecuados a la lujuria, la simple consideración de su honra perdida, tal y como se entiende en el momento, basta a contener los desórdenes a que se sienten inclinadas. Las mismas mujeres públicas, dígame lo que se quiera, esquivan, en general, siempre que pueden, toda participación en la vida social, porque tienen conciencia de que su conducta es desaprobada, no porque se preocupen mucho de los reglamentos y órdenes de la policía. Es necesario que se alejen de los lugares donde son conocidas, que se aturdan con el ruido de las grandes ciudades, que un largo hábito de vida en las casas de lenocinio concluya la obra de disolución, para que resueltamente afronten el desprecio público.

La embriaguez es también claro ejemplo de lo que decimos. Muchas personas reprimen, o por lo menos disimulan, sus deseos de beber sin tino, ante la simple consideración del desmerecimiento en que caerían si no lo hicieran. El que se embriaga lamenta comunmente el ridículo en que incurrir, las censuras de que es objeto y se afea sus propias acciones. Es frecuente que no pocos se curen así del vicio de la embriaguez, sobre todo en sus comienzos. Y en este ejemplo, hay que tener en cuenta que la influencia gubernamental es totalmente nula. Nadie puede sufrir castigo por embriagarse. Obsérvese asimismo que el número de borrachos no aumenta en mayor proporción que el de jugadores y prostitutas, aunque jugadores y prostitutas están expuestos a incurrir en las iras autoritarias. Hay, sí, más borrachos que jugadores, sin duda porque el público juzga la embriaguez con más lenidad que el juego, y quizá también porque el juego y la prostitución favorecen el aumento de aquéllos, ya que traen aparejados todos los desórdenes físicos y morales.

Cualquiera que sea el sentimiento general respecto al juego, a la prostitución y a la embriaguez, no tratamos de analizarlo ni discutirlo ahora. Sólo queremos hacer constar los efectos de aquel sentimiento; y son tan evidentes, que no nos esforzaremos mucho en probarlos.

En ciertos países en que la embriaguez tiene inmensas proporciones, han tratado los gobiernos de reprimirla inútilmente.

Por la misma universalidad del vicio no existe coacción moral alguna, o si existe, es muy débil; y así, se desarrolla aquél a sus anchas con la complacencia de todo el mundo. Esto prueba precisamente que cuando la acción gubernativa se halla aislada, es del todo impotente para remediar un mal. Otra cosa sucedería si los individuos sanos concertasen una acción cualquiera para contrarrestar la propagación de la embriaguez. El efecto de esta acción sería de seguro bastante

lento, pero habría que esperar de él resultados indiscutibles.

Nadie ignora que en algunas naciones se han constituido recientemente sociedades de temperancia, agrupaciones para combatir la embriaguez. De sus trabajos se han obtenido ya efectos plausibles. Bajo su influencia se ha acordado impuestos sobre los alcoholes, a fin de dificultar la adquisición de bebidas. Pero este medio no da ciertamente los frutos que de él, sin duda, se esperaban. Si acaso, con la falsificación de los licores y la carestía de las bebidas, los aficionados se degradan más de prisa, caen más pronto en el abismo de los mayores desórdenes. A otros medios más seguros han acudido aquellas sociedades poniendo la ciencia al servicio de sus loables propósitos. Y si al cabo logran, que lo lograrán, dominar un tanto la funesta inclinación, pronto bastará la nueva corriente de acción moral a reprimir, en tiempo y medida apropiada, la general perversión del espíritu público. Pero mientras las gentes consideren la embriaguez como cosa sin importancia, cualquiera acción coercitiva será nula. Trátase aquí de un proceso de modificación, y necesariamente los resultados son más lejanos. Es menester, primeramente, formar nuevos sentimientos, crear espíritu público opuesto a la embriaguez, y a medida que esto se vaya realizando, más y más poderosa será la coacción moral y más se difundirán sus efectos benéficos.

En resumen: si el pueblo admirase al jugador, aplaudiese a la prostituta y al borracho, bien pronto la sociedad se convertiría en un montón de tahures, de mujeres públicas y de alcoholizados, aun cuando los poderes se esforzasen en contrarrestar tales hechos. Por el contrario, hagan lo que quieran los gobiernos, basta que el pueblo censure una cosa y la reputé inmoral y pernicioso, para que la mayoría de los hombres se abstengan de realizarla. Cierto que la coacción moral no surte los mismos efectos sobre todos los individuos, y que a pesar de ella hay

gentes viciosas y desordenadas. Pero es cierto también que otra acción coercitiva cualquiera, ya provenga del gobierno, ya del pueblo, se encuentra en el mismo caso y aun peor, porque su carácter de violenta prohibición es contraproducente.

En efecto, nada hay que repugne más que aquello que nos viene impuesto. Todo el mundo cumple o está dispuesto a cumplir determinados actos que se tiene por equitativos, pero apenas se nos quiere imponer violentamente tal cumplimiento, surge poderoso el espíritu de oposición y de rebeldía, y no es ya, sino a cambio de luchas continuas, realizable lo que voluntariamente se ejecutaba como expresión de justicia. A cada momento mil hechos distintos ponen de manifiesto este fenómeno de la personalidad. Un niño, un hombre, prestarán voluntaria atención a los consejos y enseñanzas del amigo, del padre, del maestro. Obligadles a que de grado o por fuerza escuchen, y al punto dejará de fijarse su atención. Se volverán díscolos, rebeldes, desatentos, y si extremáis las cosas no repararán en la grosería y en la violencia. Lo que voluntariamente no se presta, por la fuerza no se obtiene.

Es un hecho notable el citado por el doctor Luntand, médico de San Lázaro, en su «Memoria a las conferencias de Bruselas, Julio de 1897», y que recogemos de *El amor libre*, de Charles Albert. «El hospital de Lourcine—dice aquel doctor—para mujeres venéreas, está siempre lleno, porque de él se sale y en él se entra libremente. El de San Lázaro no se llena nunca, porque las mujeres son llevadas a él con violencia».

Nosotros podemos citar, por experiencia propia, otro hecho asimismo singular.

Dedicados accidentalmente a la enseñanza, la novedad trajo a la escuela la mayor parte de los pilluelos de la ciudad. Los padres, cansados de los desmanes de los muchachos, algunos de los cuales no echaban raíces en ningún colegio, venían a nosotros como

quien acude al médico *in extremis*. Huelga decir que tanto en el seno de la familia como en los colegios se castigaba fuertemente, tal vez cruelmente, a los niños. Nosotros seguimos el método contrario, y los resultados fueron sorprendentes. Muchachos que huían hasta de sus casas y se pasaban todo el día con un pedazo de pan por todo alimento, no dejaban de asistir a nuestras clases. El asombro de los padres era grande cuando se convencían de que sus hijos, en vez de vagar por las calles y plazuelas, estaban tranquilos y contentos en el colegio, ocupados en hacer sencillos dibujos, cálculos elementales o escuchar las explicaciones del profesor, porque en esta escuela se había suprimido asimismo la tortura de las lecciones de memoria.

Entrando en otro orden de consideraciones, puede decirse que todos los adelantos realizados se deben exclusivamente a la coacción moral.

El duelo, por ejemplo, mientras fué considerado como medio superior de justicia, ha burlado todas las leyes, y hoy mismo no las tienen para nada en cuenta los duelistas. Pero cuando las gentes van adquiriendo una noción más filosófica de las relaciones sociales y empiezan a mirar el duelo con repugnancia, cae éste inmediatamente en desuso. De aquellos combates entre hombres que hacían de su honor una religión y de su amor una deidad; de aquellos duelos en que la pasión idealizaba al vencedor, cuando todo el mundo medía la razón por la fuerza y la destreza, no quedan más que escasísimas y ridículas intentonas, en las que nadie deja de ver un convencionalismo hipócrita de una clase depravada. En nuestros días, los hombres reconocen que la fuerza, así empleada, es un instrumento de brutalidad, de venganza, de tiranía, y si asisten a una de esas representaciones cómicas que nuestros aristócratas o nuestros flamantes burgueses ejecutan de vez en cuando, es sólo por mera curiosidad, como quien asiste a un espectáculo raro e inesperado.

¿Ha influido la ley en estos resulta-

dos? Nadie ignora que sus efectos son totalmente nulos.

En otros tiempos se miraba con cierto respeto a los bandidos legendarios, a aquellos hombres que por la violencia vivían y merecían, no obstante, la amistad de muchas gentes, sobre todo de los grandes señores. Este fenómeno era debido al culto de la fuerza, entonces dominante. Hoy, que todo ha cambiado; hoy, que el culto a los merecimientos del trabajo, de la honestidad, del saber, empieza a abrirse paso, nadie idealiza como entonces se idealizaba al que roba, acecha y mata al caminante. El bandido de antaño podía creerse un gran personaje. El de nuestros días apenas puede considerarse un desdichado que el infierno de la miseria arroja a la más brutal de las luchas. La coacción moral, derivada de las ideas nuevas, ha modificado esencialmente los sentimientos y las costumbres.

De modo semejante desaparece o se borra el espíritu de venganza que domina nuestros juicios si del crimen se trata. Aunque en el primer momento todo castigo parece poco, cuando la calma se restablece surgen sentimientos de clemencia cada vez más profundos y más razonados. Al mismo tiempo, muchos hombres de ciencia se esfuerzan en demostrar que todo delincuente es un enfermo o un producto inconsciente del medio, como si respondiera a la necesidad de extender aquellos sentimientos de clemencia o de acelerar la corriente de humanización que todo lo invade. Y así no está lejos el día en que, a pesar de la ley, empiece la mayoría de los hombres a poner en duda el bárbaro derecho de castigar.

Es de advertir, respecto a este extremo, la influencia de las ideas. Ciertas investigaciones científicas han cambiado radicalmente las opiniones sobre la delincuencia, dotándolas de un espíritu de humanidad bien notorio, y entonces los sentimientos sociales, que antes se informaban en un sentido de *vendetta* sangrienta y brutal, cambian también y se desenvuelven según un sen-

tido de previsión saludable; inclinando las pasiones del lado de la reflexión y de la serenidad de juicio.

La mayor parte de nuestras ideas y preocupaciones tienen su origen en las crueles luchas de religión en tiempos no remotos. Cuando era cosa corriente los delitos de pensamiento y de conciencia, todos a porfía empleaban los procedimientos más inhumanos para castigar a los heréticos y extirparlos. Los católicos, y lo mismo los protestantes, en sus comienzos, aplicaban el tormento y la hoguera. Hoy que el espíritu religioso decae rápidamente, nadie deja de mirar con horror aquellos suplicios. Si alguna vez los poderes públicos se atreven a aplicar el tormento, como suele hacerse en las prevenciones o cárceles para arrancar confesiones o para castigar lo que la ley no castiga, se guardan bien de hacerlo ostensiblemente, pues sería peligroso para ellos desafiar con franqueza el espíritu público, que tan contrario se muestra a tales salvajismos. En nuestros días se ha podido ver la opinión clamar unánime contra las iniquidades de Jerez, Alcalá del Valle y Barcelona. Recientemente la cruel represión por los sucesos de la semana trágica, ha levantado en airada protesta, no sólo al país entero, sino también a todos los pueblos de Europa y América. Y a cada momento las gentes se pronuncian también contra la justicia y los atropellos de la fuerza armada. En Francia el asunto Dreyfus fué un buen ejemplo del poder grandioso de esta corriente de humanidad que nos lleva derechamente a una nueva vida de amor fraternal.

Y en fin, se tiene una prueba concluyente de que la coacción moral ha prevalecido siempre y es hoy más fuerte que todos los poderes coercitivos, en los dos procedimientos empleados por los cristianos para dominar la sociedad civil.

Mientras los católicos organizan su imperio por medio de un verdadero poder central y tratan a todo trance de hacerse dueños del mundo, los protestantes se contentan con su acción

difusa, repartida aquí y allá, que de modo indirecto sugiere y gana las voluntades. Según Draper, el modo de proceder de los protestantes era al principio excitar el odio teológico contra el culpable, colocarlo en entredicho social, medio no menos eficaz que el inquisitorial y violentísimo de los católicos. ¿Y cuál es el resultado? Que el catolicismo despierte grandes rencores y viva nada más que por la tolerancia de los hipócritas y por el interés de los privilegiados, en tanto que el protestantismo ha conseguido que el público le juzgue como algo más humano, menos violento que la Iglesia romana. En el derrumbamiento del cristianismo los odios se acumulan sobre el catolicismo, y se mira a los protestantes con cierta indiferencia, a pesar de que en el fondo nada los distingue. Los procedimientos seguidos por unos y por otros son la clave de la cuestión.

Otra vez el mismo resultado. Se rechaza instintivamente todo lo que se impone por la fuerza; se tolera aquello a que se nos induce por la presión moral. Por tiránica que ésta llegue a ser, debido a las preocupaciones del tiempo, es siempre más llevadera que aquélla.

Aunque hoy se resuelven la mayor parte de las cuestiones por la violencia, hemos entrado ya en la corriente innovadora que la rechaza y comenzamos a practicar la libertad en las acciones, gustando de reconocer buenamente aquello a que venimos obligados y de realizarlo sin que nadie nos lo imponga. Todo el mundo comprende ya que la fuerza no debe ser empleada en ningún caso, y para que este sentido de la realidad se oscurezca es necesario o que se reaviven los fanatismos atávicos o que la pasión se desate.

¿Podrá, pues, negarse razonablemente la influencia de la coacción moral? ¿No es a la vez la fuerza impulsora y reguladora de la vida? ¿No es la sugestión permanente de las acciones, ideas y sentimientos personales?

RICARDO MELLA

Letras francesas

Hay lluvia de estudios y aun de libros sobre la filosofía de Bergson. Dicen: un filósofo nuevo; llaman filosofía nueva a lo que no es sino un neo-platonismo¹ injertado con filosofía alemana. Bergson ha empleado todo su genio en reconstruir una metafísica de la que tanto trabajo nos había costado librarnos. Mas he aquí un menudo libro que nos ayudará a la vez a comprender a Bergson y a refutarlo; se intitula *El Bergsonismo o una Filosofía de la movilidad* y está firmado: Julien Benda. El epígrafe nos permite hacernos cargo en seguida de la significación del libro: «Contentáos con creer, no tratéis de conocer», (Epístola de Juliano el Apóstata a los Cristianos). Ahora bien: ¿no es la pretensión de Bergson sobrepasar a las ciencias y alcanzar el conocimiento inatingible? Veremos con qué juego de manos pretende conducirnos a ello. Los antiguos creían escuchar en la palabra de los locos, de los «inocentes», la palabra sagrada de los Dioses. Tal creencia se ha perpetuado en el pueblo que conserva bajo la superficial corteza cristiana, su eterno paganismo. La idea de que nuestra inteligencia obstruye nuestro conocimiento de la vida, es, pues, vieja y nueva como el mundo: se halla en el ocultismo más remoto y en el espiritismo más actual. Se ha infiltrado en la misma filosofía y en las ciencias, de donde Bergson la ha separado para engastarla en su elocuencia poética. ¿No acaba de insinuarnos el señor Bazailles, un crítico músico-filosófico, en uno o dos gruesos volúmenes, que merced a la música puede comprenderse, mejor diré cogerse, la fugitiva «cosa en sí», esa ave azul de los filósofos alemanes?

No explicaré aquí por qué en Bergson «sólo es misterioso lo móvil y lo inmóvil es perfectamente comprensible». Es una petición de principio cu-

ya gravedad se acentúa en este corolario que es otra afirmación gratuita: la inteligencia no puede conocer sino la movilidad. Ahora bien: se trata de alcanzar esta movilidad, el «realizándose». ¿Cómo? Muriendo en cuanto a la inteligencia y naciendo en cuanto a la intuición. Lo que Bergson llama la intuición, sería, pues, una especie de estado secundario, de estado de subconciencia análogo al de los sonámbulos. Es un desdoblamiento de la personalidad.

«La intuición, dice Bergson, se verifica en el sentido mismo de la vida, la inteligencia obra en sentido inverso»; «la inteligencia está *plasmada* sobre la materia, la intuición sobre la vida»; «el análisis opera siempre sobre lo inmóvil, la intuición se coloca en la movilidad, etc.» La inteligencia va en sentido inverso de la vida. Bergson quiere sin duda decir que la inteligencia sólo abarca el pasado, mientras que la intuición sigue el movimiento dinámico de la vida. Ahora bien, la intuición es sólo un reflejo de la inteligencia o el estado de sensación obscura que precede al conocimiento de un objeto, ese estado de sensibilidad no cristalizada todavía en percepción, en concepto, en inteligencia. Hay aquí confusión de palabras: por más que la intuición sea refleja o percepción naciente no podría surgir sino de las reservas de nuestra subconciencia. No hay conocimiento absoluto; y no hay conocimiento relativo fuera de la inteligencia.

No puedo anotar aquí los detalles delicados y abstractos de la discusión: quizás no se me seguiría. Y por lo demás, los que se apasionen por estas cuestiones de filosofía, tendrán oportunidad de leer,—después de haber estudiado la filosofía bergsoniana, y ligeros como las sirenas del Océano,—la cuerda refutación de Julien Benda. Lo que he querido señalar aquí es esta pretensión fantástica de Bergson, de alcanzar a la vida misma y a lo

¹ No creemos que el Bergsonismo pueda ser llamado «neo-platonismo». V. pág. 43.—L. D.

absoluto de ella, el ave azul. Creyó cogerla en las mallas de su red, pero su red sólo está tejida con palabras facticias, más ilusorias que telas de araña. «Las filosofías escapan al relativismo en la misma medida en que son intuitivas». ¡Escapar al relativismo! ¡Qué dogma, qué ingenuidad, en los fieles que vienen a beber cada semana la palabra musical del maestro! ¡Escapar al relativismo! Es el sueño de todas las religiones, pero las religiones no habían resuelto este problema sino con la muerte y su más allá inverificable. Bergson toca con la mano el Absoluto, como se acaricia el seno de una querida. ¡Escapar al relativismo! ¿Por qué no creer en la Inmaculada Concepción?

Se halla aún en la intuición bergsoniana esa antigua idea cara a Rousseau y a sus hijos los románticos (más vieja aun puesto que es el fondo del mito del Paraíso terrestre), que, por la inteligencia, el hombre ha perdido la seguridad de su instinto. Y esto es lo que hay que encontrar de nuevo. La pretensión de esta filosofía, escribe el señor Benda, es que merced a la intuición nos elevamos por encima del estado de hombre, «trascendemos» de la condición humana.

«Lo que equivale a decir (y, por lo demás, se dice) que el conocimiento humano en lo que tiene de propiamente humano y en lo que funda su orgullo—la Inteligencia (particularmente el concepto, el principio de identidad)—es en la historia del conocimiento, no un término superior, sino más bien una detención, un accidente, un retroceso; y que el hombre se eleva no al cultivar esta modalidad propiamente humana, sino, por el contrario, saliendo de ella y aspirando a una modalidad que comparte con las otras especies (el acto del pollito que rompe su cascarón)». Esto sólo puede

llevarnos a una moral «natural» renovada de Rousseau. Tal insinúa el señor Benda buscando las causas del éxito del intuicionismo: «Proviene éste en primer lugar—escribe—de que instituye el primado del sentimiento sobre la idea, de lo femenino sobre lo viril, de lo turbio sobre lo severo, de lo musical sobre lo plástico. Proviene sobre todo de que proclama la superioridad del vagido sobre la palabra, del tanteo sobre la maestría, del espíritu que «se busca» a sí propio sobre el que «se posee». Se comprenderá, pues, fácilmente que el público de las conferencias de Bergson sea sobre todo femenino: las mujeres se sienten cercanas a la intuición bergsoniana porque son seres instintivos que obedecen a sus sentimientos, más que a su inteligencia. Según la doctrina de Bergson, se dirigen en el sentido mismo de la vida sin volverse atrás para juzgar, para comprender, lo que pertenece al dominio de la inteligencia. Pero evoquemos el tiempo bendito en que el hombre echando atrás el manto de la inteligencia, se arrojará desnudo como un dios en el río de la intuición, para nadar con toda serenidad hacia la Vida, la Verdad, el Absoluto, el Conocimiento, etc. Habrá hallado de nuevo sus puros instintos de animal humano, virgen de toda conciencia: habrá logrado el automatismo de los insectos que es, en efecto, una cristalización definitiva de estados de sensibilidad y estados de inteligencia.

Bergson—¿por atavismo acaso?—se acuerda del Paraíso terrestre, en donde el hombre vivía en comunión perfecta con los animales, sus hermanos. No ha olvidado, no ha digerido, la manzana intelectual que Eva cogiera del árbol de la Ciencia y cuyo veneno está todavía en nuestro cerebro y nuestras venas: la Inteligencia.

JEAN DE GOURMONT

AVISO.—Los que deseen suscribirse a **RENOVACIÓN** pueden hacerlo directamente a las siguientes direcciones: Ricardo Falcó, apartado 638, San José de Costa Rica; Maximino Fernández, calle Perdríel, N° 519, Buenos Aires (Rep. Argentina); Lorenzo Portet, calle de Cortes, N° 478, Barcelona (España). El abono es: **2 dólares al año oro am.** En Europa: **10 pesetas al año moneda española.** PAGO ANTICIPADO.

La leyenda cristiana

Prefacio

Si dudo de muchas cosas no es por indiferencia hacia la verdad, sino al contrario, porque tomando la verdad más en serio que mis contradictores, soy más exigente que ellos en materia de pruebas.

EDMUNDO SCHERER

El cristianismo tiene por origen la creencia en la resurrección de un cadáver y en la próxima aparición de este cadáver resucitado bajando entre nubes del cielo.

Sobre este «fundamento», según se expresa Bossuet, la Iglesia cristiana se ha establecido y se ha perpetuado.

Si esta base se derrumba, ¿qué será de la religión cristiana? San Pablo nos lo enseña cuando dice:

«Si Cristo no ha resucitado, nuestra fe es vana.»

Toda controversia, pro o contra la Iglesia cristiana, podría, pues, reducirse al examen de estas dos cuestiones:

¿Ha resucitado Jesús?

¿Ha reaparecido, según su promesa, bajando sobre nubes del cielo?

Porque si estos dos acontecimientos no se han producido, se ha de convenir que los cristianos de todos los siglos han vivido sobre una ilusión; sobre una impostura, dijo el filósofo pagano Celso;¹ sobre una locura, como indica Renán en términos en que la retórica galante ocupa demasiado espacio: «Digamos, no obstante, que la fuerte imaginación de María de Magdala (que fué poseída por siete demonios), desempeñó en esta circunstancia (la leyenda de la resurrección) un papel capital. ¡Poder divino del amor! ¡Sagrados momentos en que la pasión de una alucinada da al mundo un Dios resucitado!»

Si estos dos acontecimientos, la resurrección y la vuelta de Jesús escoltado por un cortejo de ángeles (la Parusia), no pasan de invenciones de locos o relatos de alucinados, ¿qué

crédito puede darse a los escritos evangélicos que nos los cuentan como si fuesen hechos reales, sin los cuales la fe cristiana no sería más que una «vanidad»?

En este caso estos escritos «sagrados» se nos aparecen como una recolección de sueños, una compilación de mitos y de cuentos populares, de elucubraciones amañadas, arregladas, imaginadas según los tiempos y las circunstancias, a beneficio de una causa eclesiástica y no en vista de la manifestación de la verdad.

Vencido por la muerte, prisionero de la tumba, Jesús se convierte en un demente o en un impostor que consiguió hacer compartir a unos cuantos individuos de su vecindad la creencia en estas alucinaciones o en estas invenciones de megalómano.

En otra hipótesis más favorable, la que indicaba un célebre teólogo en una página que podrá leerse en este libro, Jesús no se nos aparece sino «como un rabino hábil en recitar dichos y parábolas sacadas del Antiguo Testamento y del *Talmud*, mezclando a ellas unas cuantas locuras».

Aun reducido a este mínimo, que casi no deja subsistir nada de la antigua leyenda, el cristianismo carece de certidumbre. La existencia de la personalidad que se le atribuye por fundador puede ponerse en duda. Queda siendo un problema. Las apologías cristianas conocidas con el nombre de *Évangélicos* han sido trazadas como una novela sobre un viejo cañamazo. Lo demuestro en este libro.

Tales son los resultados que, de acuerdo con críticos eminentes, he obtenido personalmente. Los expongo lealmente en esta obra de sinceridad, con el deseo y la esperanza de ser útil a la gran causa del Libre pensamiento.

Los someto de muy buena gana al examen y a la discusión de los hombres de buena fe, y alegremente los entrego a las injurias de los demás.

AUGUSTO DIDE

¹ Por los años 178 escribió una obra, *Palabras de verdad*, contra el cristianismo. Se conocen fragmentos de esta obra por la réplica que le hizo Orígenes.

De Sociología¹

Es altamente positivo que el ingente desarrollo que viene operándose desde poco más allá del cuarto de siglo último y que supera, como práctica al menos y afortunadamente, a todo cuanto se hacía o tanteábase hacer por aquel entonces en lo relativo a sociología pura, obedece, digo, a dos factores bien distintos entre sí y que sin embargo convergen ambos hacia la misma finalidad, que será, ésta: la eficaz emancipación del *magnánimo cuarto estado*, así como la verdadera cuanto omnimoda regeneración de toda ¡toda! la humanidad.

Que el primer factor tiene por causas fehacientes e indiscutibles el fatal y perenne abocamiento al pauperismo creciente, producido por los egoísmos e indiferencia de las *parasitarias y chupópteras clases directoras*, y también, la misérrima condición de vida en que vegetan hoy las por demás *sufridas clases laborantes*, productoras de todo y dueñas de nada, es a todas luces punto menos que innegable, o si se quiere, más claro aún: que la vida del obrero es tan precaria y su situación tan apurada siempre, que no se le puede acortar ya más la mísera ración a que se le tiene condenado, puesto que se le hace imposible ya el poder vivir, siquiera medianamente y aun trabajando, en la mayoría de las industrias, no ya en las de fantasía, sino hasta y todo en las más indispensables, y eso, no tan sólo y quizá con mayor penuria en nuestros mal regidos estados europeos, sino también en las nuevas Indias americanas, y en donde quiera que haya hombres que *monopolicen, dirijan o manden* a sus semejantes: ya sea en forma de repúblicas unitarias o federales, ya, y peor todavía, en monarquías absolutistas o constitucionales. Claro se está, que ningún gobierno burgués (por el presente todos lo son), hará nunca nada para resolver

el problema social, ni tan sólo algo, por ínfimo que sea, en provecho o para acallar la misérrima situación del paria obrero de esta edad moderna, puesto que es élla (la burguesía) la que como *clase directora o civilizadora!* fomenta, por el contrario, el malestar, eternizándolo con su inicua explotación en todo el globo en que pueda, por la inmunidad de mando que a sí se atribuye.

En apoyo a lo dicho están ahí las múltiples estadísticas *oficiales* de todos esos países *civilizados*, las cuales estamos ya hartos de comparar una vez más, tras otras tantas, con las nuestras españolas, restando para nosotros siempre con un elevado *déficit*; esto es: con exceso de horas de trabajo en algunas industrias, con menos salario en todas, eso al través de las huelgas, porque hay que tener en cuenta el alza continua en los alquileres de las arrabaleras y destartaladas buhardas en que vivimos aislados, casi relegados de las céntricas urbes, y de la carestía siempre creciente (única verdadera en progreso), de los comestibles, pero sí, esos son, si caber puede, de la peor calidad, como diré más abajo.

Lo que va expuesto, que dicho así lisa y llanamente parecerá incongruencia a la jocunda clase media, y más aún, a todo dineroso holgón, cualquiera de esos que viven en constante holgura sin percatarse del malestar que aflige de continuo a los demás congéneres o semejantes suyos; es, digo, y quiero afirmarlo, la causa inicial de la rápida degeneración de raza que nos está minando desde ya lejana fecha, no sólo aquí, sino en los dos hemisferios del terráqueo globo.

Veamos un ejemplo: supongamos, y el caso no es hipotético sino muy concreto, a un individuo sano y robusto, pero que éste sale cada día con mayor derrengadura de su trabajo, ya sea manual, ya intelectual, y luego ese tal debe nutrirse, forzosamente, con unos malos garbanzos, o berzas, o maíz, o

¹ Trabajo de un colaborador muy distante de nosotros.—L. R.

ñame, o yuca, o bananos, etc., etc., (según países), desaboridas estas substancias en su máxima parte por efecto de la prolongada permansión y conservación en inmundos almacenes o en húmedos sótanos, o en profundos e inareados sollados, en donde la podre y los sobajeos a que se las somete de continuo, hace que la legúmina pierda su esencia y su dinámica en tal grado, que ni siquiera pueden deglutirse, que es tanto como decir que hay destrucción parcial de las substancias primordiales y que son las que necesita todo ser para reparar la fuerza física perdida y absolutamente indispensable para equilibrar con ella su salud y poder continuar trabajando a producir riquezas en provecho siempre del hacino burgués.

Aquí precisa decir algo para probar a esos acefálicos y obcecados misántropos que propalan falazmente con razones abobas lo contrario de nuestro indiscutible aserto, a fin de confundirlos al hacer resurgir nosotros la razonada y pura verdad.

Sabido se está, puesto que se ve cada día en toda la faz de la tierra, que los acaparadores de las primeras materias comestibles, expenden a elevadísimos precios los frutos nuevos, inasequibles a los trabajadores, y guardan para éstos, los de desecho y averiados de antaño: manoseados, sobados, agusanados, crudos o podridos en su mitad al menos, y, nótese bien, que lo que aquí avanzamos es la misma repetición en cada nueva cosecha; de manera, que el pobre obrero, por la sola condición de tal, ha de nutrirse fatal y eternamente de alimentos casi infectos que deberían ser botados, humana y profilácticamente hablando, en inundo estercolero.

Se me objetaría atrevidamente, que hay comisiones para vigilar la calidad y el fraude, pero yo creo pertinente que sin tales *vistas* sería quizá mejor para el público, pues aquellos, en su inmunidad, no sólo todo lo toleran, sino que aun auxilian a los adulteradores.

Como corolario resultante tendremos, pues, que el desgaste físico producido en el hombre durante su labor diaria, está lejos de restablecerle, por esa tan mala alimentación que no produce la asimilación debida dentro del mismo período de tiempo, hay desequilibrio de fuerzas; y más aún, para los que se alcoholicen creyéndose, erróneamente, beneficiar en ello, sin contar con la reacción que aquél produce en la economía. De aquí arranca, indubitablemente, una desnutrición diastásica y por el efecto de ésta la disminución de la fuerza corporal del hombre, la que torna de centrípeta en centrífuga, la que hubiera debido restaurar su derregado cuerpo, siendo al contrario, éste pierde así de sus carnes el volumen y el peso específico; es decir, degenera visiblemente, puesto que si de momento no le faltan todavía los principales compuestos vitales como son: el azoe, el fósforo, el hierro, el calcio, el sodio, etc., y el gluten y la albúmina (estos dos producidos sólo por las legúminas en estado sanas) o todos ellos juntos a la vez, le irán faltando paulatinamente uno tras otro en lo sucesivo. Y qué le acontecerá al individuo modelo? Ahí es nada! pues la inopia se cebará en él, su cuerpo ennegrecerá a ojos vistas por el efecto de la dispionía, se volverá enclenque, la endeblez lo corcovará antes de tiempo y la decrepitud prematura le llevará por fin a la distanasia.

Ahora bien, ¿qué progenitura ha de resultar de semejantes seres? Forzosamente, sus hijos, si es que los llega a tener, como por ley natural y adaptación misérrima del plasma, fisiológicamente hablando, nacerán ya raquíuticos, llenos de estruma, vivirán desmedrados, inanes, alimentados por estrujados pechos de madre escuálida, erradiza, con cara adusta, áspera y esquiva, producto fatal de fatigas y hambres. ¡Ah! ¡humanidad, humanidad! ¿por dónde te andas?

Este es el estado del pauperismo latente moderno, efecto del desnivel

social que nos rige y que sigilosamente se enseorea y aniquila a la parte más excelsa de la sociedad, a la productora de todo cuanto existe de bueno en el mundo.

Luego, nos vienen algunos *glotopanzones psico-fisiólogos* a querer imbuirnos, tomándonos por intensos, en darnos por absolutamente verdadero su criterio, en discursos inconexos y artículos siempre sofisticados, que las nuevas enfermedades endémicas que tanto diezman hoy a los proletarios en la mayoría de las grandes urbes, de nuestra civilizadora cuanto caduca Europa, son: o falta de profilaxis o sobra de incuria en las *casas* de los barrios *de pobres*; ¡cómo si nuestros reducidos salarios fueran llamados a atender a la higiene pública! ¡Qué candidez! ¡Qué sarcasmo! Y ¿para qué los municipios, maño?; mas no dicen, no, esos sabihondos, que la concausa sea, más bien, por la suciedad y abandono en que se tienen eternamente las calles de los pobres obreros, ni de los pútridos hedores que surgen de las infectas cloacas, ni de los sumideros y fangosos baches que colman toda la arrabalera urbe y suburbios en donde vegetamos, ni de la calidad de las aguas *pseudo-potables* de nuestras kilométricas fuentes; no, eso no se les ocurre ni pensarlo por temor, seguro, a un retanque en sus burocráticos destinos y en sus sendos y profundos estómagos.

* * *

El segundo factor, bien distinto por cierto y no menos importante e irrefutable que el primero, radica en la selecta instrucción fisiocrática implantada hoy y la que va adquiriendo con veloz y segura zancada de cada día más y mejor, el, podemos decirlo muy alto, el cultísimo obrero europeo y americano.

Hemos comprendido ya una vez y para siempre que el desarrollo del intelecto humano es asequible a todo cerebro sano, por medio de un estudio selecto, asiduo y rítmico, basado en las ciencias libres de toda preocupa-

ción sectaria y errónea. No es ya aquél, patrimonio sólo de una *casta archi-deísta* (como ocurría en la India bramánica y budista), no, pues sabido nos tenemos que la materia se espiritualiza por medio de la instrucción cualitativa y cuantitativamente y por selección natural en todos los seres sanos y en todas las razas, más o menos, que pueblan el orbe; y eso nos lo enseña la racional pedagogía moderna desde nuestra niñez y, una vez adultos, nos solidamos en la enciclopedia, en ese gran libro de toda la naturaleza abierta al saber mundial, en la que los hombres de doctrinas puras desarrollan sus nuevos conocimientos en las ciencias vírgenes aun, madres de todo, esto es: en antropología, zoología, geología, astronomía, psicología, fisiología, filología, arte y literatura, *historia* (!), etc., etc., en fin, en todas las manifestaciones del nuevo saber humano, rompiendo a la razón los moldes malos de antaño; pero nosotros añadimos valientemente, como predilecta nuestra, la *Sociología*, tan descuidada y aborrecida por los estadistas de todas las naciones cuando son poder, que es la única ciencia verdad que tiende más a esparcir *lo verdadero*, *lo bello* y *lo bueno*, en la humanidad entera, una vez que las burguesías sinárquicas la desprecian y la combaten, mientras que sarcásticamente usan y abusan de ella en todo cuanto se lo permitimos.

* * *

De la concordancia de ambos factores nace, evidentemente y por inducción precisa en nuestros cerebros un tal y tan sólido incremento de ideas justas, lógicas, sanas y bien razonadas que van cundiendo evolutivamente entre los pueblos obreros de ambos hemisferios, y que nos llevarán, es indubitable, desde la sima en que yacemos todavía hacia la deseada cima de la equidad social, es decir, a nuestra aspiración sublime de emancipación, a que todos deberíamos cooperar, compactos, sin descansos, sin dualismos, sin intromisiones de *politicastros* perniciosos, sin egoísmos efí-

meros al fin, que nos tienen un tanto sumidos en vergonzosa retrocesión.

Y, basta ya de silogizar y argüir, puesto que contra viento y marea y quizá en no lejana fecha enarbolaremos, aquí en Europa, como algunos hermanos lo practican ya allende el gran charco, el estandarte de *Renovación*

social y de justicia humanas y hasta y todo para y en beneficio de los estultos apóstatas que nos obstruyen hoy, concientes y solapadamente, nuestro camino.

JAIME PALÓU B.

Barcelona (España), enero de 1913.

Notas y recibos

Odio al odio.—Emilio FAGUET ha publicado recientemente un bonito trabajo intitulado *Elogio del Odio*. Concluye así: «Si es, por consiguiente, de absoluta necesidad tener algún odio, yo escojo el odio del odio».

Oh la Pedagogía!—¿Qué significa eso de *orientación agrícola* de la escuela primaria? ¿Han encontrado los mentores oficiales la fórmula del pan que deben hacer comer a los niños para que amen inteligentemente el campo y el trabajo de la tierra? La alimentación, trátase de panes o de alimentos intelectuales, no debe y no puede orientarse felizmente más que en un sentido: el del mejor desarrollo armónico del hombre. ¡Qué cada uno llegue a ser lo más hermoso, lo más sano y lo más bueno que su propia organización permita! Ninguna otra cosa deben intentar las escuelas de primera y segunda enseñanza, si no buscan encubiertamente la deformación o la atrofia mentales.

De una carta de Kropotkine, en que expresa su gratitud a los compañeros y amigos que le han remitido «palabras amistosas» con motivo de su 70º aniversario, tomamos:

«Si durante mi vida he podido aportar mi pequeña parte a la lucha para la emancipación de los explotados, a vosotros mismos, compañeros y amigos, lo debo, a causa de haber buscado la inspiración para mis trabajos en las ideas que se forjan en las profundidades de las masas populares. Y llegado a una edad avanzada, estoy más

profundamente convencido que nunca, que no existe ciencia ni acción útil aparte de la ciencia que se funda sobre las conclusiones y de la acción que tiene por fundamento y objeto los pensamientos, los deseos y las previsiones de las masas.

Sólo se trata de comprenderlos y de aplicarlos a la vida. Sin eso, todo trabajo sociológico y toda acción resultarían estériles».

Por encima...—Acaba de celebrarse el bi-centenario de ROUSSEAU. Los escritos publicados en esta ocasión y durante los últimos años, forman montaña. Rousseau resulta «un antepasado en todo».

Intuición, instinto, voz del corazón, vida interior, inspiración de mujer, vértigo, mareo espiritual, he ahí las palabras mágicas del día! ¡Adiós, maravillas de la ciencia positiva, balanza, vapor, luz eléctrica, fotografía, telégrafo, teléfono, fonógrafo, cinematógrafo, aeroplano, síntesis química, os explotamos, pero os despreciamos!

Después del de Rousseau ningún nombre tan traído y llevado como el de BERGSON. Unos lo llaman «el nuevo Sócrates» o, corrigiendo, «el nuevo Protágoras»; otros van hasta sostener que es un número 1, sin predecesores y sin igual. Los terceros encontramos que las novedades del filósofo en moda son, como todas las novedades de la filosofía, muy viejas. Pero no vayamos muy lejos. Aquí está Pascal: «El corazón tiene razones que la razón no conoce». Aquí está La Rochefoucauld:

«El espíritu es a menudo engañado por el corazón». Aquí está Rousseau: «Mi corazón y mi espíritu no pertenecen al mismo individuo». «La fría razón no ha hecho nunca nada de ilustre». «En los goces ordinarios de la vida, aun en los más intensos, apenas hay... un instante en que el corazón pueda verdaderamente decirnos: yo quisiera que este instante durara siempre». ¿Y Goethe?

También encontramos en todos los tiempos filósofos contrarios a Bergson. No citemos ningún Carlyle, ningún Taine, ningún Spencer, ninguno del campo nuestro. Aquí está Buda: «El sabio es superior al tiempo». Aquí está Miguel Ángel: «Feliz es el alma para la cual el tiempo no existe ya».¹ Y aquí está PLATÓN, admirable: «*Muchos de nuestros filósofos modernos, cuando investigan la naturaleza de las cosas, se dan a menudo el vértigo a fuerza de girar continuamente al rededor de sí mismos, y luego... piensan que no hay nada estable y permanente, que todo es flujo y movimiento*».

¿Habría burla más seria de la famosa filosofía del «flujo», que a tantos tiene ya trastornados y que tan bien podría llamarse «del reflujo»?

Para terminar esta nota superficial, copiemos algunas palabras de otro autor que tampoco es materialista: Irving Babbitt: «Una sana reacción contra la influencia de Rousseau, comprendería, suponemos, la aplicación de la más penetrante dialéctica sobre tres palabras principales: *amor* (o simpatía), *libertad*, *naturaleza*. Estas palabras son, digámoslo así, los puntos de cita de innumerables sofismas, porque ellas representan, no el pensamiento claro, sino una vaga exaltación mental. Por consiguiente, si Bergson nos aconseja abandonar la inteligencia en favor de la intuición, debemos responderle que sólo la inteligencia y sus distinciones y definiciones pueden asegurar los fundamentos necesarios a una filosofía de la intuición».

¹ Para Bergson, el tiempo «es la tela misma de la vida real».

Conferencia sobre los sucesos actuales de Nicaragua y la política expansionista de los Estados Unidos de Norte América, dada en la Federación de Estudiantes, de Santiago de Chile, el 10 de setiembre de 1912, por el estudiante nicaragüense Jerónimo Ramírez Brown. La hemos leído atentamente. Del pórtico, de Pedro Ortiz Muñoz, tomamos las primeras líneas: «Cuando se ventilan los altos intereses de la raza, el destino de los pueblos que tienen orígenes comunes e idénticas aspiraciones en el porvenir, las fronteras que separan a éstos desaparecen, los prejuicios que podrían debilitar las consiguientes simpatías se eliminan, y un muy altruista sentimiento de sincera fraternidad anima los propósitos batalladores y preside el impulso de las conciencias que laboran en pro de la Humanidad y la Justicia».

Oiganse ahora algunas palabras del discurso:

«Fijaos bien, latino-americanos! La política de acercamiento y de fraternidad conquie los Estados Unidos preteuden adormecernos en los Congresos Panamericanos, por boca de sus diplomáticos, no es más que el opio malévolo de que hacen uso los que se consideran incapaces para emprender conquistas de pueblos en el terreno del honor y la lealtad».

Auras Rojas.— Nos proponemos publicar sucesivamente todas las «auras rojas» de CARLOS DEL BARZO. No emitimos ningún juicio acerca del brioso y simpático autor que no admite «doctorados del ingenio» ni «padriñazgos protectores». No ofenderemos su hermosa altivez. No queremos que oiga solo nuestro aplauso personal: queremos que recoja la entusiasta salva de aplausos de todo nuestro pequeño mundo de lectores.

Sus páginas deben ir solas, decimos repitiendo sus propias palabras:

«Son ensayos que llevan los estrechamientos de la Amargura, del Dolor y de la Duda; la inquietud de las ideas sobre las borrascas del espíritu, por-

que son recogidos en la sombra donde cae el llanto; donde brotan las desventuras del mundo; donde en los revueltos campos de la lucha, alternan las intolerancias enconadas, las rudas sinceridades y las audacias generosas, como una vibración del sentimiento intenso de la Vida...»

Tesis.—En el número 45 anunciamos la publicación de la obra de G. TIBERGHEN así titulada: *Tesis* (F. Sempere y C^a, Editores). Nos permitimos volver a señalarla a nuestros lectores. El *krausismo* ha representado un papel importante en las cátedras de filosofía espiritualista de Alemania, España y Bélgica, y Tiberghien fué quizá su mejor columna. Hay mucho que aprender en las páginas del ilustre profesor de la Universidad de Bruselas (muerto en 1901), a pesar del poco interés que puede despertar la doctrina de Krause en cuanto creemos «pasada la hora de los grandes sistemas dogmáticos, que aspiran a dar una explicación definitiva del Universo y a resolver todos los problemas por un cierto número de fórmulas generales».

Leamos algo acerca del socialismo en otra obra del Autor:

«El socialismo hace hoy el efecto de un espectro rojo sobre muchos espíritus, desde los sucesos de 1848 y 1871. Conviene que la Filosofía se explique en este respecto, porque puede explicarse sin pasión. Si por socialismo se entiende una *teoría* de organización social, el socialismo no es otra cosa que una aplicación, verdadera o falsa, de la Filosofía del derecho público, y no puede obrar más que pacífica y útilmente sobre las inteligencias, al descubrir las imperfecciones del régimen actual. En este sentido, Platón y Aristóteles, San Agustín y Kant, en una palabra, todos los pensadores que saben elevarse por encima de las instituciones y de los hechos actuales, son socialistas, lo mismo que Roberto Owen, Saint-Simón, Carlos Fourier, Augusto Comte o Collins. El socialismo, así comprendido, no ofrece más

peligros que el estudio de la Astronomía o de la Economía política, y nunca ha proyectado la menor sombra a ningún Gobierno que se respeta. Condenar un libro de discusión filosófica so pretexto de socialismo sería tan ridículo como proscribir la poesía o prohibir la crítica literaria. Es verdad que la disección puede conducir a una reforma en las leyes, y que la reforma es a veces la precursora de una revolución; pero las revoluciones operadas regularmente por la difusión de las luces y el progreso de la opinión pública son, en la sociedad como en el individuo, la consecuencia natural y necesaria del desarrollo de la vida. Una nación que cesa de avanzar es una nación que se muere. El progreso no es un efecto del capricho del hombre, sino una evolución hacia el ideal; es una ley que debe cumplirse y que, si se la quiere estorbar, se cumplirá por la fuerza...

«El socialismo no es un accidente efímero de nuestra época. Ha nacido de la gran crisis de 1789 y responde a la necesidad de reorganizar la sociedad según un nuevo ideal. Sus planes pueden ser malos, porque son producto de la imaginación, más bien que de la ciencia; es preciso rectificarlos y completarlos por la discusión en lugar de pasarlos en silencio. Cuando predica el *comunismo* tiene un vivo sentimiento del abuso del *individualismo*, llevado al extremo. Nada más justo que los dos principios y nada más sencillo que conciliarlos: sin individualidad no hay libertad; sin comunidad no hay igualdad. La asociación, he aquí el remedio de la anarquía que trabaja las sociedades modernas. Es la última palabra de las escuelas socialistas, y es también, pero en una acepción más lata, tanto como asociación moral, religiosa y pedagógica cuanto como asociación de producción, de consumo, de garantía o de auxilio, el fondo del ideal de la humanidad».¹

Veamos con qué lucidez expone Tiberghien en *Tesis* las ideas de Ribot,

¹ *Introducción a la Filosofía*, págs. 270-273.

para atacarlas luego en otro lugar de la misma obra:

«El más ilustre representante de esta escuela experimental en Francia es M. T. Ribot. Todo estado *psíquico* determinado — dice — está indefectiblemente unido a un estado *físico* o nervioso determinado, cuyo acto reflejo es el tipo más sencillo. Una vez admitido ese principio, las cuestiones se presentan bajo un aspecto completamente nuevo y exigen el uso de un nuevo método. A la fórmula trivial de la unión del alma y el cuerpo, a la hipótesis arbitraria de dos sustancias que ejercen su acción una sobre otra, sucede el estudio de los fenómenos que están en conexión constante o de un fenómeno de dos aspectos o caras. De este modo, el dominio de la psicología queda especificado: la psicología tiene por objeto los *fenómenos nerviosos* percibidos por la *conciencia*, mientras que la fisiología tiene por objeto el *proceso* nervioso de un solo aspecto. La indecisión no puede existir más que cuando la conciencia desaparece. No tenemos ya que habérmolas con el alma y sus facultades, sino con acontecimientos internos que, como las sensaciones y las imágenes, traducen los acontecimientos físicos, o que se traducen en acontecimientos físicos, como las ideas, los movimientos, las voliciones y los deseos. De este modo se obtiene un gran resultado: el estado de conciencia ha de ser una abstracción que flota en el vacío. Queda fijado. Unido a un concomitante físico, entra con él y por él en las condiciones del *determinismo*,¹ sin el cual no hay *ciencia*. La

¹ «Lo que llamamos *determinismo* de un fenómeno — dice Claudio Bernard — no es otra cosa que la causa próxima, es decir, la circunstancia que determina la aparición del fenómeno y constituye su condición o una de sus condiciones de existencia. Determinismo tiene un significado completamente diferente del de la palabra *fatalismo*. El fatalismo supone la manifestación necesaria de un fenómeno, independientemente de sus condiciones, mientras que el determinismo no es más que la condición necesaria de un fenómeno cuya manifestación no es forzosa. El fatalismo es por lo tanto anticientífico, lo mismo que el indeterminismo». Más adelante, el autor que acabamos de citar combate con vehemencia a Bichat, que sostenía que la ciencia de los cuerpos dotados de vida no está sujeta al cálculo y la previsión. «No — dice —: toda ciencia digna de este nombre es aquella que, conociendo las leyes precisas de los fenómenos, los anuncia de una manera segura y se enseorea de ellos cuando los tie-

psicología queda relacionada con las leyes de la vida y su *mecanismo*. La antigua psicología era una ciencia de pura observación, y la observación no es un método científico. La nueva psicología, por el contrario, recurre hasta cierto punto a la *experimentación*. Desde el momento en que se consideran los fenómenos internos en su unión natural con los fenómenos físicos, se tiene la posibilidad de ejercer acción sobre ellos, porque el concomitante físico está muchas veces en manos del experimentador, que puede medir su intensidad, sus variaciones, y someterlo a todos los procedimientos de una investigación rigurosa. Sobre la conciencia no podemos obrar más que de una manera indirecta, o por lo menos no podemos conocerla científicamente más que estudiándola en sus concomitantes. Si la psicología pasa hoy del período descriptivo al período *explicativo* y llega a ser una ciencia *natural*, esto se debe a los procedimientos de la experiencia, a la medida y a las determinaciones *numéricas*».

La libre Helvecia.—Desde Ginebra escribe Alvar, entre otras cosas:

Hay mucho que observar en esta nación, la más artificial que existe, y que poco a poco se transforma en un inmenso hotel.

Si la República Francesa es dirigida por unos grupos de financistas, la democrática Suiza, parece serlo por los hoteleros.

Han querido la paz en su casa y eso les ha conducido a mantener una policía formidable. Parece que los hijos de Guillermo Tell son muy afectos a ese oficio, pues la alcahuetería se practica de una manera espantosa, no sólo como apoyo a la policía sino también de cliente a patrón contra tal oficial, de

ne a su alcance. Todo lo que no revista ese carácter no es más que empirismo o ignorancia, porque no hay semiciencias ni puede haberlas... Las causas primeras se nos escapan en todas partes, no podemos llegar más que a las causas inmediatas. Pues bien; las causas inmediatas, que no son más que las condiciones de los fenómenos, son susceptibles de un determinismo tan riguroso en las ciencias de los cuerpos vivos como en las ciencias de los cuerpos brutos»¹.

¹ Claudio Bernard, *La ciencia experimental*, I, II, III, París, 2ª ed., 1878.

empleado contra sus colegas, etcétera...

Además de eso, el país ha estado abierto a la acción de las policías extranjeras. El pueblo suizo, que se cree el más independiente del mundo, ignora eso, pero es un hecho y se comprende por la razón de que la policía suiza tiene muchísimas informaciones que pedir a otras policías. Entonces las agradece así: Cuando un extranjero o un suizo de un «cantón» (son 22 estados confederados), viene a vivir en otro, la policía cantonal le hace depositar sus papeles y frecuentemente toma informes en las ciudades donde ha habitado. ¡Se comprende si necesitan ejércitos de empleados para todo ese trabajo!

Como se sabe, Suiza reúne bajo un mismo gobierno federal a poblaciones de razas diferentes. Desde el punto de vista internacionalista parece un ejemplo que citar, pero el sentimiento de hermandad no existe, y vemos, por el contrario, un «chauvinisme» estrecho,

propio de aldea, hecho de celosía y de odio bajo. Así se tratan de cantón a cantón y a veces de ciudad a ciudad. Es tan artificial esa patria suiza, que uno se puede preguntar lo que hay de suizo en Ginebra; la mentalidad general es anti-valdense, anti-bernesa y anti-alemana; las simpatías internacionales son más bien para Francia, porque los diarios son subvencionados por la gran República. Según parece, igual cosa pasa en las partes vecinas de Alemania, donde los alemanes son numerosos. Y se ha extremado hasta tal punto, que vemos los diarios suizos y sus lectores más hostiles entre ellos que los mismos diarios alemanes y franceses, italianos y austriacos. ¡Qué bonito!... ¡Estar embargados por odios ajenos!... Nos parece, pues, que los odios entre pueblos no se apaciguan por el hecho de estar juntos por leyes, con intereses opuestos, que por excitaciones de una prensa asquerosa, se tendrán siempre sentimientos contrarios.

LA DIRECCIÓN

Para hacer reflexionar

... Sí; el poder, la autoridad, la coerción, la servidumbre, persisten por el apoyo de las masas, con el que jamás podía contar la libertad, el libre desenvolvimiento del individuo, ni el bello florecer de una sociedad libre.

No digo esto por no sentir simpatía hacia los oprimidos y desheredados de la tierra; tampoco, porque ignore lo bochornosas, onerosas e indignas que son las condiciones en que vive el pueblo, al que, a la mayoría, niego tenga la fuerza creadora del bien. No; no es esto, es porque sé demasiado hasta donde las multitudes se apartan del lado de la justicia y de la legalidad. Han ahogado la voz humana: han atado su espíritu: han torturado su cuerpo. Vistas en conjunto, son el punto en que siempre la vida se rinde uniforme, gris, monótona como un

desierto. Serán siempre el aniquilamiento de la individualidad, de la iniciativa autónoma, de la originalidad. Por esto creo, con Emerson, que las masas son groseras, incompletas, perniciosas desde el punto de vista de sus exigencias y de su influencia. Yo no les concedo nada: las arrasaría, las dividiría en pedazos, a fin de extraer individualidades. Las masas... ¡son una calamidad! Yo no quiero las masas, pero sí hombres y mujeres rectos, amables, perfectos.

En otros términos; la verdad del bienestar económico y social, no será una realidad más que por el celo, el esfuerzo, la determinación inflexible de minorías inteligentes. Jamás por la masa.

EMMA GOLDMAN

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.
El amor catadrático, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve á la Reinal, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Nerto, Federico Mistral.
El lunar, Alfredo de Musset.
Anslas de vida, Luis Q. Huertos.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable?, W. Le Queux.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El reflujó, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.

EN PRENSA

Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las Rocas Blancas, Eduardo Rod.
Las dos vidas, Eduardo Marquina.
La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

Todas las obras de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en la acreditada **Librería y Papelería ALSINA**

Publicaciones de la Escuela Moderna

Están a la venta en la Librería Falcó, las siguientes:

Compendio de Historia Universal, por CLEMENCIA JAQUINET. Tres tomos empastados en tela € 3.00.

Pequeña Historia Natural, por ODÓN DE BURN. Cinco tomos profusamente ilustrados y empastados € 5.00.

Psicología Etnica, por CH. LETOURNEAU. Cuatro tomos empastados en tela € 4.00.

La Escuela Moderna, por FRANCISCO FERRER G. Un tomo emp. € 1.00.

Las Aventuras de Nono, por J. GRAVE. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

Tierra Libre, por JUAN GRAVE. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

El Niño y el Adolescente, por MICHEL PETIT. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

Preudios de la lucha, por F. PI Y ARZUAGA. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

Sembrando flores, por FEDERICO URALES. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

Origen del Cristianismo. Un tomo ilustrado en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

Epítome de Gramática Española, por FABIÁN PALASÍ. Un tomo empastado en tela € 1.00.

Resumen de la Historia de España, por NICOLÁS ESTÉVANEZ. Un tomo empastado € 1.00.

La substancia universal, por A. BLOCH y PARAP-JAYAL. Un tomo empastado en tela € 1.00.

Nociones de las primeras edades de la humanidad, por GEORGES ENGERAND. Un tomo empastado € 1.00.

Nociones de idioma francés, por LEOPOLDINA BONNARD. Un tomo empastado en tela € 1.00.

La Escuela Nueva, por J. F. ELSLANDER. Un tomo en rústica € 1.00.

Hacia la unión libre, por ALFREDO NAQUET. Un tomo en rústica € 1.00.

República Francesa y Vaticano, por ANDRÉ MATER. Un tomo en rústica € 1.00.

Ferrer, interesante folleto € 0.20.

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,

Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA